

Discurso político y discurso psicoanalítico: lo inconsciente pulsional como *la otra escena* desde donde reproblematicar la emancipación.

Laura Suárez González de Araújo.

Doctoranda en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid y Paris-Diderot (Paris VII).

Una de las posibilidades inestimables de la relación significativa es que ninguna “pareja” *prima facie* resulta inadecuada. Para entrar en valoraciones, hay que considerar la pretensión de significación, la ambición de sentido que con tal acoplamiento se quiere alcanzar. Así, resulta satisfactorio hallar una pareja significativa adecuada que en su mutuo devenir de adecuación produzca un efecto de sentido que por algunos instantes parezca vencer la insalvable inadecuación de la palabra y la cosa. Mi propósito en este congreso es favorecer un encuentro de este tipo, el encuentro del significativo Freud y del significativo emancipación, buscando con ello una relación íntima, adecuada, de potencialidad recíproca. Desde luego mi propuesta no es nada insólita, pues no han sido pocos los autores ni las corrientes de pensamiento (generalmente de izquierdas) que se han servido de la hipótesis freudiana de lo inconsciente para construir nuevas formas de resistencia y para pensar de otro modo el carácter ontológico de sujeción propio del individuo y de su vida de relación. Resultaron altamente valiosas y fructíferas las aportaciones que, a lo largo del siglo XX y en el ámbito de la reflexión crítica sobre la emancipación política, fueron activadas desde la Escuela de Frankfurt, desde los denominados freudo-marxistas (una adecuación de significantes altamente voltaica) o desde la corriente postestructuralista, entre otras. Y ya en nuestro siglo, pensadores políticos contemporáneos como Rancière, Žižek, Badiou o Laclau (por citar a los más mediáticos), no han dejado de valerse de las consecuencias que el *fenómeno Freud* impuso en el campo de la reflexión filosófica-política. En todo caso, mi propuesta no consiste ni en recordar los “viejos” planteamientos (en una suerte de nostalgia del “buen pensar de antaño”), ni en hacer un listado apologético de los dispositivos efectivos de pensamiento crítico que nuestros coetáneos vierten en el espacio intelectual del presente (aunque quizá en los tiempos que corren ninguna de las dos opciones estaría de más). Lo que propongo es una reflexión sobre la emancipación y sus posibles despliegues que parta del mismo texto freudiano, tanto en lo que atañe a

su progresivo constituirse en teoría y práctica analíticas, como en lo que en él toca a las propias opiniones de su fundador, quien si bien es cierto que evitó referirse de manera explícita y recurrente a cuestiones de índole política (de hecho esta ausencia puede entenderse como sospechosa y, como tal, susceptible de presentarse bajo otros nombres), no dejó a la vez de profundizar en su temprano interés por los fenómenos de la vida colectiva. Una reflexión de este tipo, provocada por el texto y desde su contexto, impondrá en un segundo momento la necesidad de actualizarse y situarse en el marco epocal en el que nos encontramos (y ver así si esa actualización “funciona o no funciona” con *lo que nos pasa hoy*), pues si bien en el transcurso de las últimas zancadas de nuestra historia “los indicadores de certeza” han cambiado, quizá algo de lo inmutable persista y siga haciendo insignia.

Es precisamente a partir de lo inmutable, que en Freud no es otra cosa que la organización pulsional del ser humano, que va tomando cuerpo el enorme edificio de la *metapsicología* que define a la teoría psicoanalítica. Si bien ésta parte (y no deja de volver a partir) del trato con los enfermos, se observa que desde su comienzo el texto freudiano no separa del todo la clínica del caso de lo que se denomina la clínica de lo social. La histérica, el obsesivo, en definitiva, el neurótico con su síntoma, es presentado como incapaz de soportar las restricciones que el desarrollo de la cultura y de la sociedad impone sobre los individuos, unas restricciones, explica Freud, basadas en la limitación de la naturaleza pulsional, esto es, de aquello que es situado como la frontera entre lo psíquico y lo somático en el ser humano. Así, el desarrollo de la teoría de la libido concebida como corriente productora tendente a la satisfacción-teoría sistematizada por primera vez en *La interpretación de los sueños*- y el posterior establecimiento, a partir de 1920¹, de la *duplicidad*² pulsional (del conflicto irreductible entre Eros y pulsión de muerte) y de la división espacial psíquica en tres provincias diferenciadas (*yo, ello y superyó*), se alzarán como soporte explicativo tanto de la configuración de la subjetividad individual como de la configuración de fenómenos colectivos y de sus construcciones anímicas socioculturales (moral,

¹ Se considera la obra *Más allá del principio del placer* como el texto de establecimiento de la segunda tópica freudiana y del reconocimiento de la pulsión de muerte como compañera de juegos de eros, aunque ya antes, inclusive desde Tótem y Tabú, se señalaba la existencia de algo así como unas *fuerzas demoniacas* como explicación del origen de las primeras formas de totemismo.

² Decimos duplicidad y no dualidad porque la teoría freudiana de las pulsiones, tal y como señala su autor y es remarcado posteriormente por Lyotard en su *Economía Libidinal*, no compele dos tipos de pulsiones separadas con funciones igualmente separadas y asignables, sino que, en sí misma, toda moción pulsional se presenta como aleación y mezcla de componentes eróticos y de destrucción.

religión, ideología). Fundamento pulsional entonces de los acontecimientos y hechos de la vida, una vida que es vida en el mundo y, como tal, vida de relación *con* y *entre* los diversos (preposición que define lo que los alemanes llaman *mitdasein* -ser en el mundo con otros- y que determina en Hannah Arendt lo propiamente político del espacio compartido por los hombres). De este modo el reconocimiento, señalado a lo largo de toda su obra, del mutuo pertenecerse y afectarse del individuo y lo social-cultural sobre una base pulsional, conducirá a Freud a elaborar, de forma casi paralela a su metapsicología, lo que algunos han llamado una teoría antropológica, y lo que yo consideraré aquí como una teoría metapolítica. Ambas comparten el lugar central que las pulsiones ocupan en sus correspondientes conceptualizaciones. ¿Qué es entonces una pulsión y cómo se manifiesta, cómo se representa? Freud responde: una pulsión es *la representación psíquica de una fuente de excitación, continuamente corriente o intrasomática*, donde representación aquí implica una idea o complejo de ideas investidas de afecto, esto es, de catexis libidinales que le otorgan su potencia y su empuje. Así, la pulsión interpela lo psíquico y lo somático en su inseparabilidad, haciéndose visible/consciente a través de unas ideas afectadas, cargadas de energía que se esfuerzan en su descarga (satisfacción). Esta carga -y esto es central para el propósito que nos ocupa, como luego veremos- este monto libidinal tendente a satisfacerse, contaría asimismo entre sus propiedades con su carácter viscoso, plástico, flotante, desplazable o metonimizable (pues puede saltar de un objeto de satisfacción a otro sin mucha dificultad, especialmente cuando existe represión), así como con la posibilidad de desviarse de su fin (sublimación) o de quedarse fuertemente adherido a un objeto dado (fijación). Adelantando un poco el argumento, son justamente estas propiedades de las mociones pulsionales las que van a otorgar al deseo y a la propia pulsión-afecto que lo anima, su doble rasero político, a saber: tanto su carácter emancipatorio como su carácter servil o sumiso.

Más allá de la práctica analítica entendida por algunos como práctica emancipatoria en sí -práctica que liberaría al sujeto de sus identificaciones alienantes permitiéndole hacerse cargo de su propio deseo-, el aporte a la emancipación ético-política que el complejo teórico freudiano (de lo metapsicológico a la metapolítico de él inferido) contiene, viene en mi opinión dado por una minuciosa descripción de los mecanismos psíquicos inconscientes sobre la base de los cuales se establece y se fija la sujeción de los individuos. Y es que resulta de rigor epistemológico no hablar de emancipación sin situar antes el proceso previo de sujeción-subjetivación del individuo, a saber, su

devenir sujeto en la doble significación del término (en su sentido de subjetividad a la vez que en su sentido de sujeción *-assujettissement-*). Es a partir ahí, repetimos, desde donde cabe enmarcar el discurso crítico freudiano como discurso emancipador-liberador y de destrucción de ilusiones alienantes.³ Un decir crítico freudiano, cabe recordar, que a la vez que aboga por la liberación del sujeto de sus distintos “claustros pulsionales” (o de lo que recientemente se ha llamado las “cárceles del goce”), reconoce, dada la naturaleza económica de la sociedad y la ausencia de bienes suficientes para satisfacer pulsionalmente a todos, la necesidad de establecer una cierta dosis de restricción en favor del progreso y del desarrollo de la cultura.

Así, hallamos en la obra freudiana toda una serie de reflexiones o conceptualizaciones políticas (él las nombra como referidas a la *Kultur*) erigidas sobre la explicación de fenómenos inconscientes y que atañen, entre otros, a la configuración del vínculo social y ético de una comunidad, a los modos de dependencia de los individuos de la autoridad-poder y al conflicto irremediable que vendría a definir el encuentro de los distintos deseos e intereses de los individuos inscritos en una colectividad.

Freud apunta:

El psicoanálisis establece una íntima relación entre los rendimientos de los individuos y de las colectividades, al postular para ambos la misma fuente dinámica. Parte de la idea fundamental de que la función capital del mecanismo psíquico es descargar el ser de las tensiones generadas en él por las necesidades. (...) **Toda historia de la civilización es una exposición de los caminos que emprenden los hombres para dominar sus deseos insatisfechos**, según las exigencias de la realidad y las modificaciones en ella introducidas por los progresos técnicos⁴. (el subrayado es nuestro) (1864)

El perpetuo “esforzar” de las pulsiones (*trieb*) y su carácter dinámico (su tendencia a la satisfacción representada por lo que Freud establece como el principio de placer), explicarían así la activación de unos mecanismos psíquicos inconscientes pero a la vez eminentemente políticos (basados en las propiedades que citamos hace unos instantes) que servirán tanto para cohesionar a la comunidad social y para continuar con el progreso civilizatorio como para limitar el libre despliegue de la propia actividad pulsional. Y de aquí el tantas veces remarcado por Freud *conflicto* definitivo entre la naturaleza humana (en su psicología biológica) y la cultura.

En todo caso, ¿cuáles son estos mecanismos psíquicos inconscientes sobre los cuales se asienta la cultura? Diremos que son fundamentalmente la represión (devenida *refoulement* por introyección y mandato del superyó moral), la identificación, y la idealización, todos ellos como decimos pilares de sociedad y de su configuración

³ En una carta a Romand Rolland de 1923, Freud escribe: *He pasado verdaderamente gran parte de mi vida trabajando en la destrucción de ilusiones, de las mías propias y de las de la humanidad.*

⁴ Freud, S., *Múltiple interés del psicoanálisis*, en Obras Completas, volumen 2, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, pág 1864

política (pues desde ahí se determina en última instancia la creación de identidades) a la vez que *estranguladores* en mayor o menor medida de la libertad y acción de los individuos dado el lugar prioritario y utilitario que en la vida de éstos ocupan los **afectos**⁵ (que recordamos son las manifestaciones visibles de las pulsiones) frente a lo que podríamos llamar el interés objetivo.

El interés de la comunidad del trabajo no mantendría cohesionada a la sociedad; en efecto, las pasiones que vienen de lo pulsional son más fuertes que los intereses racionales. (..) De ahí el recurso de la cultura a métodos destinados a impulsarlos (a los seres humanos) hacia identificaciones y vínculos amorosos de meta inhibida; de ahí la limitación de la vida sexual⁶.

Veámos esto más despacio para aproximarnos a la problemática de la sujeción y de la emancipación. Según la descripción inscrita en lo que denominamos la *metapolítica* freudiana -una parte central de la cual se expone en el texto *Psicología de las masas y análisis del yo-*, la cohesión de todo grupo social estaría basada en los siguientes presupuestos afectivos: por un lado, y en lo que al interior del grupo se refiere, en un vínculo erótico-libidinal de doble dirección, esto es, horizontal con respecto a los miembros del grupo (identificados entre sí libidinalmente) y vertical con respecto al líder o jefe (ubicado como objeto de ideal del yo compartido por todos los miembros). Por otro lado, y en los que atañe a las pulsiones de agresión, la cohesión vendría dada por la hostilización del enemigo exterior, del que queda por fuera de la comunidad y en el que se depositan los afectos violentos. Satisfacción entonces de los imperativos pulsionales elementales (pulsión erótica y pulsión de muerte, en donde la satisfacción pulsional será siempre relativa, en tanto que es resultado de una desviación o coartación de su fines -ya Lacan aclaró que la sublimación se paga con el goce- y que como tal facilita unos vínculos más durables al no ser susceptibles de una satisfacción total) que en principio favorecería la adhesión y el enlace de una comunidad o grupo social. Aplíquese esto también, tal y como señala Freud, a las clases oprimidas, ligadas libidinalmente por la vía satisfactoria del ideal con la clase que las sojuzga y reforzadas con la deposición de la hostilidad en el extranjero que les resarce de su propia miseria. Aparece aquí entonces el *fundamento* inconsciente de la sujeción, y que no es otro que la pulsión y su goce. Recordamos de nuevo que la pulsión se manifiesta o representa en una idea investida de afecto (en donde el afecto, la carga libidinal, es lo que alimenta el empuje, la corriente, lo que se mueve; intensidad y

⁵Claro que estas cuestiones fueron ya objeto de reflexión desde los comienzos de la filosofía política, pues ya Platón y Aristóteles hacían hincapié en el importante papel que el deseo y las pasiones jugaban en la vida de la ciudad, así como en la necesidad de considerar las cuestiones del placer y dolor como determinantes de la acción y la virtud de la polis y de sus ciudadanos libres.

⁶ Freud, S., *El malestar en la cultura*, en Freud, Obras completas, vol. 21. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978-85.

potencia) y que es justamente sobre el afecto que se ejerce la represión y se ejecuta la sublimación. Lo que ocurre con las mociones pulsionales en los estados de sujeción colectiva (con el grado de privación y represión que implica) de acuerdo con Freud podría describirse entonces de la siguiente manera:

∇ del lado de la *pulsión erótica*, el goce vendría facilitado por la figura de un jefe egoísta y represivo (Freud habla del *gran hombre*, subrogado del padre), que, situado en el lugar del ideal del yo, activa el mecanismo de identificación entre los miembros del grupo (y con él lo que hace vínculo) a través no sólo del amor (y de la ilusión de amor recíproco) que los mismos le profesan (componente afectivo-libidinal), sino mediante la acentuación de una idea o palabra-mundo (significante) que invoca el deseo de los oprimidos, tematizándolo y facilitándole una meta. /la patria, por ejemplo/.

∇ en cuanto a la *pulsión de destrucción*, la satisfacción se obtendría, por un lado, en la hostilización y el odio al extranjero (al negro, al judío, al comunista), lo que a la vez dificulta o anula la posibilidad de que esa descarga pulsional agresiva se dirija hacia el interior del propio grupo o de su representante; y por otro lado, a través de la introyección de esta pulsión de agresión hacia el interior de los propios sujetos, instalándose allí para su satisfacción con el ropaje de la culpa, el castigo o la angustia.

De esto se obtiene que el soporte de la sujeción y de la permanencia en una situación opresiva no es otro que el soporte pulsional en su satisfacción (goce) compensatoria, cuyo éxito residiría así en el acento puesto sobre el empuje del **afecto personificado** (el *por amor a alguien* y el *por odio a alguien*) en detrimento lo que hemos denominado interés objetivo.

Escribe Freud en *El porvenir de una ilusión*:

La satisfacción narcisista proveniente del ideal de cultura es, además, uno de los poderes que contrarrestan con éxito la hostilidad a la cultura dentro de cada uno de sus círculos. (..) Y esto no sólo en las clases privilegiadas, sino también en los oprimidos (..) La **identificación** de los oprimidos con la clase que los sojuzga y explota no es sino una pieza dentro de un engranaje más amplio. Por otra parte, pueden estar ligados a ella afectivamente y a pesar de su hostilidad contra los señores, verlos como su **ideal**. Si no existieran tales **vínculos, satisfactorios en el fondo**, sería incomprensible que un número harto elevado de culturas pervivieran tanto tiempo a pesar de la hostilidad de las vastas masas⁷.

Una vez señalado esto, conviene no olvidar que la descripción freudiana de los mecanismos inconscientes que acabamos de describir y su aplicación a las formaciones colectivas, se enmarcan en un momento histórico en el que la sociedad de clases y la lucha entre el proletariado y la burguesía seguía manteniendo su vigor.

⁷ *El porvenir de una ilusión*, en Freud, Obras completas, vol. 21. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978-85.

Muestra de ello son las referencias de Freud sobre el marxismo o el partido socialista ruso, a propósito de los cuales critica justamente su olvido de la influencia determinante que los factores psíquicos pulsionales imponen sobre la configuración de toda conducta social más allá de los factores económicos. Así, el desarrollo del pensamiento metapsicológico y metapolítico en Freud coincide en el tiempo con la todavía efervescente lucha por la emancipación proletaria así como con los primeros indicios de la estabilización y standarización de la sociedad de masas (cuyo referente encuentra Freud en Norteamérica⁸), un contexto -el europeo- en el que en cualquier caso continuaba siendo operativa e identificable la figura del *gran hombre* (añoranza del padre que alcanzará el paroxismo con los regímenes totalitarios). Hacemos este remarque porque va a resultar del todo imprescindible a la hora de actualizar en nuestra época los planteamientos freudianos en torno a la sujeción que venimos describiendo. Y es que cuando Freud habla de liberación (el término emancipación no pertenece como tal al vocabulario freudiano) coloca como requisito para su puesta en marcha *la ampliación de los dominios de la conciencia* sobre la vida psíquica del sujeto, un sujeto que en este sentido y en el texto freudiano comprende al individuo y a la clase de los oprimidos -ahora matizaremos esto-, abogando en relación al primero por una liberación de las restricciones que, sobre todo en materia de sexualidad, imponía la moral sexual paternalista de la época (lo cual no es menor al no quedar reducida la pulsión erótica de cada uno a la esfera individual o privada, sino que, tal y como Freud escribe, “la conducta sexual de una persona constituye el prototipo de todas sus demás reacciones”⁹), y reclamando (o al menos reconociendo la legitimidad del reclamo) con relación al segundo -al que en ocasiones se refiere como pueblo- la posibilidad de la rebelión ante el plus de privación al que se ve sometido (al no ver contrarrestado su sufrimiento por la vía del goce compensatorio no cabe esperar de ellas que interioricen por mucho tiempo las prohibiciones y restricciones culturales). Levantamiento, entonces, de lo inconsciente reprimido (refoulé) desde donde se ejecuta el imperativo del goce, y aprehensión de su contenido por parte de la conciencia. A partir de lo dicho se desprende que gozamos desde lo inconsciente y por obra de sus imperativos, lo que nos somete a los designios de las investiduras pulsionales y de sus representantes que buscan satisfacción, diríamos, sin atender a

⁹ Cómo recuerda este planteamiento al expuesto por Deleuze: *Un amor, las relaciones deseantes del hombre y la mujer son el índice, el exponente inconsciente de las catexis libidinales del campo social, de las relaciones sociales entre los hombres*. En *Derrames entre capitalismo y esquizofrenia*, Buenos Aires, Editorial Cactus, 2005, pág 33.

razones. *Donde ello era, yo debo advenir. Es un trabajo de la cultura como el desecamiento del Zuiderzee*¹⁰. Trabajo entonces que implica una labor previa de reconocimiento detallado de los soportes de sujeción (que pasan de lo psíquico a lo político y viceversa y por la vía del goce) a partir de los cuales poder establecer los elementos de fuga necesarios para pensar la emancipación.

Ahora bien, estos planteamientos, como anunciábamos antes, resultan válidos, en Freud, para el individuo y la clase social (oprimidos), esto es, para aquéllos susceptibles de establecer lo que hoy llamaríamos un proceso de subjetivación. No se habla de una posible liberación de las masas, de la multitud polimorfa sujeta pulsionalmente por todas las esquinas (al jefe paterno amenazante, a sus compañeros de hazaña, al enemigo, a sí mismo en un ejercicio narcisista), y que goza en una *afectividad exenta de todo freno* y de todo argumento (lógico o de interés). El individuo y la clase social, diríamos, son capaces de interés (además de sus dependencias afectivo-pulsionales), lo que siguiendo la enseñanza de Freud les permitiría poder *ser salvados* de ahogarse indefinidamente en una sumisión gozosa y jadeante sin freno ni réplica, aquella propia de las masas. Y si en la época de Freud estas propiedades¹¹ de las masas eran explicadas porque, justamente, las masas eran masas de sus padres (de esos grandes hombres que dictaban desde sus cuerpos visibles los patrones de la represión y del goce), conviene preguntarse qué pasa hoy cuando la sociedad de clases en la que todavía se sitúa la obra freudiana ha desaparecido (en su formulación/denominación marxista clásica-tradicional) y cuando esas mismas masas, podríamos decir, se han generalizado al tiempo que han quedado huérfanas. Porque si en el contexto en el que Freud escribe, la sociedad de clases y las formaciones de masa emergentes se caracterizaban por un plus de privación impuesto desde un todavía tímido modelo capitalista de consumo (que mantenía del anterior modelo capitalista de producción su connivencia con un modelo paternalista de liderazgo político, con amos “malos malísimos” a quien obedecer-amando y a quien, ante el desastre, poder echarles la culpa), nuestra época de sociedad de masas y de enraizado capitalismo de consumo se caracteriza por una estrepitosa caída de los ideales (inclusive y sobre todo del ideal paterno, ante lo *cual los cielos se han*

¹⁰ Freud, Sigmund, *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, en Obras completas, vol. 24. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978-85, pág 46.

¹¹La masa es *impulsiva, versátil e irritable, se deja guiar casi exclusivamente por lo inconsciente. (...) Incapaz de una voluntad perseverante. Carece de sentido crítico. Piensa en imágenes que se enlazan unas a otras asociativamente. (...) Para influir sobre ella es inútil argumentar lógicamente. En Psicología de las masas y análisis del yo*, en Obras Completas vol.3, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, pág 2568

vaciado¹²) y por un cambio determinante en el registro de la imposición. Del mandato de la insatisfacción y la prohibición que nos antecede */trabaja y ni se te ocurra gozar más allá de lo establecido/* se pasa a una orden de goce sin condiciones, */ni se te ocurra no gozar inclusive en el trabajo/*, en donde el sujeto en sus distintas configuraciones es elevado a una suerte de deificación olímpica en cuyo cielo (ahora terrenal) no cabe la no satisfacción de cualesquiera que fueran sus deseos. Desterradas o denostadas en su influencia las construcciones anímicas culturales de las que Freud analizaba fundamentos y efectos (las superestructuras ocupadas por los sistemas religioso, ideológicos, morales e inclusive filosóficos) y que ofrecían por distintas vías la satisfacción de los imperativos pulsionales (al tiempo que, intrínsecamente, cada uno de estos sistemas incluía a sus disidentes pulsionales, a sus elementos refractarios que impedían la universalidad de cada uno de ellos: proletarios, homosexuales, ateos, agentes que representaban alternativas emancipadoras), nos encontramos hoy con un aparentemente único sistema comprensivo, el capital, que servido de su aparato ideológico publicitario y apoyado en una sociedad de masas afectadas, da cabida a cualquier forma de disidencia, integrándola en su espacio de posibilidad en donde ya no caben maneras de gozar alternativas. *¿Para qué, dice el amo capital desde su no-lugar, si nuestro abanico de goce es más amplio y generoso que nunca, si ni siquiera tenéis que preocuparos de haceros con una singularidad deseante propia al tener ya garantizados y tematizados los objetos de deseo y de satisfacción pulsional? ¿para qué si toda economía política es economía libidinal, si está probado que hasta el obrero, agente histórico de emancipación, goza como un loco tragándose el semen del capital¹³?* Y bueno, si haciéndonos los valientes y los testarudos intentásemos ofrecer una réplica operativa a semejante paraíso capital, podríamos comenzar recordando que al generalizarse en su afecto y desinterés la sociedad de masas (las cuales, como ejemplarmente expuso Baudrillard, se standarizan en su desafección de sentido y de investidura social y política, fascinadas por la espectacularidad de los afectos y los placeres *prêt-à-porter*), se derrumba la posibilidad reclamada por Freud de un *ensanchamiento de conciencia* (lo que hemos traducido por subjetivación) y en consecuencia, y esto es esencial, del reconocimiento, por la vía del cuerpo pulsional y del síntoma que le hace marca, de las fuentes de sujeción. Como se apuntó al principio, no puede pensarse la

¹²Tomamos esta expresión del excelente libro de Gérard Pommier *Les corps angéliques de la postmodernité*, ed. Calmann-Lévy, Paris, 2000.

¹³Lyotard, *Economía libidinal*, FCE, Buenos Aires, 1990. Pág 132

emancipación sin ubicar antes los puntos de sujeción. Y es que este *ensanchamiento de la conciencia* que Freud reclamaba como fórmula de liberación de las imperativos de la economía libidinal, equivalía al planteamiento ya señalado por Marx en el que la conciencia de clase se presentaba como requisito para la emancipación obrera de las cárceles impuestas por la economía política burguesa. Lyotard o Deleuze entre otros se encargaron de traducir esto para nosotros, aunque ya la propia propuesta freudiana, en sí misma, contiene esta presuposición. No obstante, el ensamblaje económico de las imposiciones del cuerpo libidinal con las procedentes del cuerpo de lo político (lo que venimos denominando, de acuerdo con la terminología freudiana, el mutuo afectarse del individuo y la cultura), se desencaja (o se ve amenazado de desencajarse) con la emergencia del elemento sintomático, aquél que manifiesta la fractura en dos de un cuerpo uno de la economía.

En el tiempo de Freud, el elemento sintomático era ocupado precisamente por el neurótico y/o la clase proletaria, puntos latentes de excepción de ese cuerpo-uno político-libidinal que develaban el plus de privación pulsional y el goce de la sujeción activado desde lo inconsciente por sus trámites de satisfacción compensatorio. Por el contrario, devenido hoy el plus de privación generalizado plus de goce masificado, y sustituida la sociedad de clases por la sociedad homogénea de masas, el lugar del síntoma, el punto de desencaje del goce político-libidinal (esto es, lo que entendemos por agentes de emancipación), se presenta como vacío. Hoy más que nunca tienden a coincidir peligrosamente lo económico político con lo económico libidinal, circunstancia apuntalada por la despolitización del espacio público y la transformación del pueblo en público. No se visibilizan agentes de emancipación porque no se visibilizan tampoco los dos estados previos a este proceso, a saber: un reconocimiento de la sujeción y un establecimiento posterior de un proceso político de subjetivación (*ensanchamiento de conciencia*). Y no se visibilizan, en definitiva, porque las formas actuales de sujeción nos agarran por donde más nos duele y nos place a la vez, a saber, por el lado del goce presentado sin dialéctica y del deseo ofrecido sin costes de oportunidad. Del gigante capital gozamos como enanos. Quizá entonces un pensamiento sobre la emancipación hoy pase por un pensamiento sobre los posibles modos de desprendernos de los látigos-caricia de ese goce amable que ofrece el capital. Quizá también pensar sobre las figuras que pueden ocupar el nuevo lugar de agentes emancipadores implique, tal y como anunciara Gramsci, fragmentar el espacio dejado por la clase social en nuevos y más pequeños huecos ocupados por

voluntades colectivas (lo que Laclau llama cadenas de equivalencias), voluntades colectivas, diremos, “apasionadas”, es decir, pulsionalmente activas y arriesgadas, escapadas de la normalización de los goces garantizados. Colectividades que *pinten en rojo los barrotes*¹⁴ de la sujeción y apuesten por la cara emancipadora del deseo y la pulsión. Hoy más que nunca, en un tiempo de garantía del goce y de falta de formas de desajuste que alteren la univocidad lo económico, no estaría de más recordar lo que la enseñanza freudiana despeja sobre lo inmutable y sobre lo que de ello hace marca en el devenir sujeto del cuerpo de los individuos y las colectividades. Un inmutable que se presenta en su faz ambivalente (de sometimiento y de liberación), y que alberga, tal como Freud nos mostró, las posibilidades más terribles pero también las más bellas del hacer del hombre. Y como se anunciaba en la introducción de este coloquio, la emancipación (por la palabra y por el deseo, en su actuación) ocupa sin duda alguna un lugar prioritario en éstas últimas.

Bibliografía consultada

- Blanchot, Maurice., *Écrits politiques 1953-1993*. Gallimard, Paris, 2008
- Deleuze, Gilles, *Derrames entre capitalismo y esquizofrenia*, Buenos Aires, Editorial Cactus, 2005
- Freud, Sigmund, *Múltiple interés del psicoanálisis*, en Obras Completas, volumen 2, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006
- Freud, Sigmund, *Psicología de las masas y análisis del yo*, en Obras Completas vol.3, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.
- Freud, Sigmund, *El porvenir de una ilusión*, en Freud, Obras completas, vol. 21. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978-85.
- Freud, Sigmund, *El malestar en la cultura*, en Freud, Obras completas, vol. 21. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978-85.
- Freud, Sigmund, *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, en Obras completas, vol. 24. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978-85.
- Lyotard, Jean François, *Economía libidinal*, FCE, Buenos Aires, 1990
- Pommier, Gérard, *Les corps angéliques de la posmodernité*, ed. Calmann-Lévy, Paris, 2000.

¹⁴Lorsque les barreaux sont rendus invisibles, par ruse et consentement general, la prison non seulement continue d'être là, mais devient prison à la vie, personne n'ayant plus idée de lutter pour s'en échapper, et la première tâche est alors de montrer les barreaux et même de les peindre en rouge. En Blanchot, M., *Écrits politiques 1953-1993*. Gallimard, Paris, 2008. Pág.164